

una historia. Lo cual viene a significar que cuando Walter de la Mare dice su cuento, es como si él mismo fuese un personaje que reside en el país de anchas fronteras, donde sólo serán siempre posibles las imágenes para los cuentos.

En este libro, como en tantos otros, Walter de la Mare regresa de un viaje inverosímil. Abre el baúl, que ha ido colmando viejas cosas imposibles y reales. Y allí están el mono que ha aprendido a ser sabio y que vive las nostalgias de las grandes nueces de un país negro: y aquel negrito que tuvo como bisabuelo a un rey y está en la ciudad civilizada, sufriendo su color obscuro como una enconada herida; y el señor pez, dueño de su destino; y la mosca inquieta, perdida en largas vicisitudes. Todo está allí, en el baúl maravilloso, con su rumor, su forma, su matiz y nada cuesta atender un poco a los colores de la selvas, a la línea pura de los montes nevados, que Walter de la Mare se ha traído de todas las partes seguras que no existen sino para el narrador de cuentos. Nada cuesta atender a todo esto para conocer una vida no menos digna de conocerse que la vivida siempre por los hombres. En esta vida diferente y verdadera que Walter de la Mare crea para los niños la ley natural es la sobrenatural, que no aprendemos a vivir y a querer nada más que dos maneras exactas: siendo narrador de cuentos o sabiendo escucharlos con alegría.—HERNÁN DEL SOLAR.



<https://doi.org/10.29393/At233-193CYJE10193>

EL CERRO DE LOS YALES, por *Byron Gigoux* (Editorial Orbe).

«Sus tañidos secos y agudos eran desabridos, desagradables, como canto de señorita». Tal símil, surgiendo de la página 6 de esta novela, además de su novedad, nos muestra el carácter del novelista; un hombre que mira las cosas con un espíritu alegre, y que posee la virtud de coger los pequeños detalles. Y ello sirve también para llevarnos de golpe a un pasado lejano.

cuando en las fiestas o simples tertulias no faltaba una señorita que se hacía rogar mucho para coger la guitarra y concluía por cantar con voz aguda, en pugna con la armonía.

Y un poco más adelante, página 11, otra comparación que forma una buena yunta con la primera:

«Pero él es el dueño de una riqueza que está ahí, *en ese cerro*, escabulléndose como una mujer rogada...» Luego, a las veinte líneas: «Todo minero que se respete tiene un almacenero conocido, una especie de especulador de espejismos que en ocasiones—se han visto casos—logra pellizcar un ánimo».

Esta campechanería del escritor nos seduce y penetramos en una atmósfera limpia, casi diáfana, en donde todo se mueve bajo un sol de franco optimismo. Así, nos dice con respecto a un minero:

«Montado en el caballo de piedra que en vida le ocultó siempre su rica veta, el viejo partió hacia el otro mundo en un resonante galope de ilusiones».

Ya se puede suponer por lo transcrito que es la vida de los mineros del norte la que vibra en este libro. ¡Y con qué verdad tan sorprendente! El autor narra con una naturalidad que nos sobrecoge, como si estuviera al frente nuestro, refiriendo, sin una exageración ni inútiles adornos, las cosas que ha visto. Ningún afán de componer ni de hacer frases sonoras. Y abundan, sin embargo, las que se visten con algo nuevo o las imágenes precisas. Fluye el escritor desde el fondo del alma, y se reúnen en él de manera bien clara la medida francesa con el humor propio de los británicos. Y la misma circunstancia de que esté escrita la novela en primera persona, tiende a dar la ilusión de que nada se inventa.

No tardan en venir los personajes. En primer término, Mr. John Burton, alto empleado de una empresa minera norteamericana, un gringo todo simpatía, con un fondo de bondad superior y armado de una suprema energía, sobre todo para castigar a los malvados. He aquí cómo trata a un subalterno su-

yo, chileno hijo de inglés y de criolla, que ha cometido una gran injusticia con un obrero:

«Entonces Burton, que comprendió de golpe la bellacada, se dirigió rectamente a Stevens y lo tomó de la camisa con tan enérgico manotazo que el mayordomo, alto y fuerte como era, se dobló, flácido. Luego, una tremenda bofetada lo levantó del suelo; otra lo envió de lado y una tercera lo enderezó de nuevo. El mayordomo trató de formar una guardia con los brazos, para defenderse y luchar, pero las manazas del ingeniero caían como martinetes, abatiendo los brazos y golpeando luego en la cara con terrible violencia».

He aquí ahora al violento gringo desde otro aspecto. Habiendo muerto su mujer y sus padres, no le queda más familia que su hija Baxter, que pronto va a llegar de Estados Unidos, terminados sus estudios humanísticos, cumplidos los quince años. Y se prepara para recibirla con la ternura de la madre más bondadosa:

«¿Cómo le gustaría la cama a Baxter? ¿Dura o blanda? ¿Leería de noche? «Por las dudas, le pondré esta lamparita de luz azul». ¿Le gustarían las flores? ¡Ah, pero qué tonto era! Si la estaba viendo durante aquella tarde en que la sacó al campo en Nueva York, durante la visita de él. Baxter, saltando, gritando, cantando, las recogía por puñados y a él no le dejó ojal sin flores y a ella le faltó cabeza para colocarse guirnaldas. Puso, pues, flores en el velador y sobre la cómoda. ¿Y chocolates? ¡Claro, chocolates!»

Y llega Baxter, muy vivaz, voluntariosa e inquieta, como nos imaginamos a la norteamericana a través del cine, y un poco a través de doña Crisanta, de «El Mercurio». Naturalmente, se interesa por todas las cosas de la tierra, y en primer lugar por las aves que abundan por allí en Atacama, los yales, cuyo canto le explica uno de los mineros, Sulantay, chango puro:

—... Eso que cantan los yales quiere decir, según las con-

versaciones que uno oye, «Jodío el elquíino... Jodío el elquíino»...»

Explica en seguida:

—Es que los elquinos son muy avaros, y a dondequiera que vayan se quejan de pobreza, aunque lleven víveres pa tres meses y pa toa la familia».

Mister Burton y su hija ríen mucho ante la explicación del buen chango; pero ella le hará poca gracia a los habitantes del valle de Elqui, rico en pasas, descarozados y pisco.

El primer acontecimiento importante después de la llegada de la niña, es la resolución que adopta Mr. Burton de retirarse de la compañía y explotar un yacimiento minero por cuenta propia. Y se lleva consigo a un joven, Juan González, como administrador, y al narrador a cargo de los números. Este González empieza a interesar a la muchacha, y mucho más se interesa el joven por ella. Los mineros, de la vieja raza changa van apareciendo con rasgos que los individualizan: ya no podremos olvidarlos. A uno de ellos, Antonio, a quien Baxter llama Casimiro, por un defecto en los ojos, le lleva Burton un puñal de regalo, y he aquí como el hombre reacciona:

«Este regalo había dado en plena fama. Cuando le golpeó la espalda, ya retirándose para dar un paseo con Baxter y González, Antonio no atinó ni a darle las gracias. Pero, apenas se fueron, se acercó la cuchilla a la boca y le lanzó en la hoja su hálito caliente. Miró en seguida, ansiosamente, la rápida evaporación sobre el acero y sonrió con una ancha sonrisa de sapo.

—«Es recontrafina—dijo, y se fué con ella sigilosamente, como si se la hubiera encontrado».

Veamos ahora la presentación de Sulantay:

«Paró la mula y se desmontó y anduvo hacia mí, quejándose como siempre con ese quejido del combo que les queda a los barreteros, cual a los viejos marineros el balance».

Y un poco más adelante lo dibuja por completo con estas líneas entusiastas:

—¡Sulantay! ¡Magnífico hombre de Chile, inteligente, diestro, valiente y leal! Como lo he recordado después frente a las medianías impecables, en ambientes donde la doblez es ponderación y virtud la felonía».

Un reverso de la medalla es la aparición del «médico nuevo», que debe atender a Casimiro, a quien una explosión de dinamita le ha volado una mano:

«Llegaba el «doctor nuevo». Con aire de importancia, rezumante de sabiduría, miró olímpicamente al herido y sin preocuparse de disponer la curación que era lo que interesaba a Burton, dictaminó solemne:

—«¿Cartucho de dinamita y se le agarrotó la mano? Es un fenómeno nervioso conocido por el Mal de Thomse».

En definitiva, es el viejo médico del pueblo el que cura al herido. Y Mr. Burton resuelve adquirir para su operario una mano artificial. Y como el viejo médico le objete que eso importa muy caro y hay que hacer un viaje muy largo para su obtención, el buen gringo replica:

—«Bueno. ¿Y usted ha pensado doctor en el viaje que hizo este hombre, desde las entrañas de su madre, para obtener la maravillosa mano que acaba de perder?»

Es el ambiente de los oasis de Atacama, la vida de sus minas, lo que principalmente aflora de estas páginas, cuya espontaneidad seduce, y la continua sensación de «cosas vistas» nos mantiene en una atmósfera liviana, de la que no querríamos salir nunca. Una espantosa tragedia, que se lleva en una explosión a Mr. Burton y a González, es sólo un corto paréntesis rojo, en lo demás reina el optimismo, surge la vida sin complicaciones de las primeras edades, sin malquerencias ni extravíos, en medio de aquellos angostos valles embutidos en la altura, dentro de la paz creada por esos changos que han conservado cierta tradición pacífica de un viejo pueblo, y que se ríen en el fondo de las complicaciones de la tierra baja y de las ciudades opulentas. Así, esta narración tiene algo de las anti-

guas novelas pastoriles, que representaban otras existencias apacibles, como un contraste en frente de una civilización que, si ha dado mayores comodidades al hombre, ha sido, en cambio, de muchos sufrimientos e injusticias.

La primera objeción que harán a este libro es que en él no pasa casi nada. Y, sin embargo, interesa. Es que los personajes que actúan son cosa secundaria, y poco importa lo que pudiera ocurrirles. Es el ambiente el que nos atrae de preferencia, esas minas de Atacama que conocemos tan poco.— JANUARIO ESPINOSA.